

LIBROS

La filosofía analítica en España

No cabe duda de que los últimos cinco o seis años han conocido en España un auténtico «boom» de la literatura filosófica. No se trata solamente de que el gran público se vaya interesando preferentemente por los libros de ensayo, en relativo detrimento de su interés por la novela, que antes era su género predilecto, cambio de preferencia que ha tenido como consecuencia un mayor número de traducciones y reediciones de obras «de pensamiento», por llamarlas así; además de esto, la filosofía ha comenzado a convertirse en polo de atracción espiritual de jóvenes españoles, sea como estudiosos o como creadores de ella, y ha proliferado en estos últimos años una producción variada y significativa de obras producidas por autores cuya fecha de nacimiento es generalmente posterior al año cuarenta. La asfixiante monotonía de la filosofía española, prisionera de un academicismo escolástico y estéril, se ha coloreado un tanto, aunque esté lejísimos de alcanzar el nivel de ágil pluralidad intelectual vigente en otros países europeos, en los que pesan menos restricciones en lo mental y en lo político que en éste. Quizá el mayor peligro que acecha a este relativo renacimiento sea el de acabar instaurando un nuevo academicismo, más acorde que la vieja pneumatología a las exigencias del estado tecnócrata y desarrollista de hoy; por eso he sostenido en

diversas ocasiones (la última de ellas en la Convivencia de Jóvenes Filósofos, en Santiago, este mismo año) la necesidad de evitar todo aquello que haga «digerible» la filosofía para la Administración del Saber, purificándola de sus modestos abismos y dándole un rostro apacible. Si la aventura filosófica tiene algún sentido, no me cabe duda que es el de incordiar, tanto a lo establecido como a los que se oponen a ello, mientras fraguan su nuevo y más cerrado «establishment». Es una pasión destructiva de certezas la de filosofar, y seguirá siéndolo.

Una de las líneas de fuerza de la actual filosofía española es la que podíamos llamar «lingüística», sin tomar este apelativo muy al pie de la letra: agrupo aquí (arbitrariamente, lo confieso, de inmediato) a filósofos ocupados en la elucidación de las dificultades planteadas por ciertos usos del lenguaje ordinario, a los dedicados al estudio de teoría del lenguaje y de construcciones formalizadas, a los interesados en la puesta a punto del utillaje verbal de los científicos, a los metodólogos... Pese a que el grupo es heterogéneo, les une su interés por los análisis lógicos y lingüísticos, su consideración fundamental de la ciencia como el único modelo válido de saber verdadero, con la consecuente pretensión de neutralidad y objetividad para la labor filosófica. En España este movimiento intelectual es quizá el más extendido de los que se oponen a la filosofía «oficial», junto con el materialismo dialéctico; su «centro» podría ser el Departamento de Lógica de la Universidad de Valencia y su órgano de difusión la revista «Teorema». Como ni la neutralidad ni la objetividad son mis puntos fuertes, señalaré de inmediato que veo en esta tendencia los mayores peligros de neo-escolasticismo y restaura-

ción de una especie de «positivismo de Estado», que se conviertan en doctrina oficial de nuestras escuelas de filosofía durante el próximo Reich de los Mil Años. Además, los logros intelectuales de esta doctrina me parecen mucho más sustentados por la tradición acrítica de respeto al discurso del mundo vigente que de la traza libertaria que ha negado, a través de la Historia, la omnipotencia de la palabra impuesta. Este repudio afecta fundamentalmente a los escolares actuales y futuros de la nueva academia, pero respetaría las aportaciones subversivas de innovadores como Wittgenstein, Tarski o Russell, cuya virtud rompedora es en numerosos aspectos innegable. ¿Hará falta añadir, por último, que en nada intento prejuzgar aquí las posturas de compromiso personal de nadie, sino señalar unas derivaciones a mi modo de pensar indeseables de unas perspectivas filosóficas, respetando la sensibilidad anticonformista y renovadora de muchos de quienes las sustentan?

Estas reflexiones tienen como pretexto el libro de Josep Lluís Blasco (1) que ha editado la editorial Ariel, promotora de figuras del pensamiento tan interesantes como Adorno, Frege, Russell, W. V. O. Quine, Galbraith... Blasco se presenta como miembro del llamado «Círculo de Valencia», y su adscripción filosófica se centra en la filosofía analítica del lenguaje ordinario, movimiento anglosajón promovido por los seguidores del «segundo Wittgenstein», divididos en las llamadas «Escuela de Oxford» y «Escuela de Cambridge». El libro de Blasco pretende presentar los puntos cruciales de la reflexión analítica, en una especie de panorámica que abarque sus problemas

(1) «Lenguaje, filosofía y conocimiento», J. L. Blasco. Ed. Ariel, 1973.

y figuras esenciales. Tras presentar brevemente el tipo de análisis practicado por los tres clásicos del movimiento, Moore, Russell y Wittgenstein, Blasco expone la crítica a la teoría del significado desde la no excesivamente clara noción de «uso», esboza una teoría del lenguaje, con especial atención al problema de las reglas y de las categorías lingüísticas y acomete después la empresa de exponer las tareas y método de filosofía según los analíticos, para acabar con unas reflexiones críticas de tono más personal sobre el conjunto de lo expuesto. Las figuras de Gilbert Ryle y P. F. Strawson, junto, naturalmente, con Ludwig Wittgenstein, son los principales mentores de Blasco en su gira por el pensamiento analítico. Su libro es claro y de estilo directo, sin especiales pretensiones de originalidad ni en la exposición ni en la solución de los problemas; su aportación más personal es el intento de armonizar en profundidad las escuelas de Oxford y Cambridge, esforzándose por hallar vías constructivas para el análisis, más allá de su función puramente negativa de disolución de pseudoproblemas.

Por dos vías se puede atacar, a mi juicio, el propósito filosófico de los analíticos. En primer lugar, su tarea se presenta como notablemente superflua en tanto que investigación lingüística; en treinta años de teorizar sobre las reglas de uso que constituyen la esencia misma del lenguaje no han logrado formular ni una sola de esas reglas; las reflexiones categoriales que intenta Ryle no se revelan de ningún valor científico ni epistemológico; ¿cabría comparar siquiera los aportes analíticos sobre gramática filosófica o aprendizaje del lenguaje con los de lingüistas profesionales como Chomsky, Benve-

niste o Jakobson? Para ser una ocupación que ha atareado a numerosos hombres de prestigio durante varios decenios, hay que reconocer que los resultados positivos del análisis del lenguaje son ridículamente exiguos.

¿Y en cuanto a su labor negativa, de disolución de esos «calambres» verbales que son los problemas filosóficos? Veamos cómo considera un analítico las cuestiones filosóficas: «Tales cuestiones aparecen como enigmas cuya solución necesita el hombre urgentemente, a la vez que reconoce la dificultad de hallar una solución satisfactoria. La persistencia de estos enigmas se vuelve embarazosa y molesta, y al desquiciar el lenguaje mismo perturba nuestro conocimiento científico y espontáneo de la realidad» (Blasco, op. cit. 162). Por esta razón, estos problemas deben ser disueltos, mostrando el camino de vuelta al uso cotidiano del lenguaje. Hay una palabra inefable en el fragmento citado: la de espontáneo. ¿Qué confianza en que conocemos la realidad bien y por naturaleza! Sólo la filosofía con sus indiscretas cuestiones turba la idílica fiesta de ese lenguaje y ese conocimiento espontáneo de lo real que están bien como están. Porque son precisamente las preguntas filosóficas las que revelan que el lenguaje no está tan bien como parece, que es vehículo y expresión de todas las contradicciones de la realidad, que el discurso dominante —el que nos domina, perteneciente a quienes dominan— tiene fisuras que le niegan y cuartejan, por donde se cuele la indecible rebelión. Renunciar a tal labor crítica, de inquietar y perturbar la placidez del texto establecido, es privar a la filosofía de su razón misma de ser. La Academia no pide otra cosa y, aunque de momento aún vacile, ter-

minará por encontrar en el discurso analítico su voz más propia. Los analíticos hablan gustosos de la modestia de sus propósitos; me gustaría recordarles que, aunque puede ser modesto quien por cansancio renuncia al paraíso, hay otro nombre menos defendible para quien en su lugar propone el limbo. ■ FERNANDO SAVATER.

Tres poetas contemporáneos

Paul Valéry, Cesare Pavese y Octavio Paz son los tres poetas contemporáneos que analiza en su libro (1) el escritor canario Jorge Rodríguez Padrón. A través de la lectura de este «ensayo de aproximación», Jorge Rodríguez Padrón evidencia su carácter de crítico riguroso de la obra literaria, a la que se enfrenta con el cierto candor, quizá necesario, del que todavía cree en la obra escrita.

Rodríguez Padrón forma parte de una reciente —y escasa— generación de profesores que asumen en las islas Canarias la tarea de plantearse la literatura desde una perspectiva crítica. En un país donde la recensión y el devaneo amical han sido el santo y seña de algunas ocupaciones críticas, salvo excepciones raras y, por lo tanto, honrosas, la presencia de esta nueva visión puede indicar una cosa que está siendo muy clara en los últimos tiempos: las islas van retomando aquel impulso creador que perdieron nada más acabarse los años treinta. Hubo, luego, francotiradores insulares que pusieron su voluntad y su talento al servicio de la tradición

(1) Jorge Rodríguez Padrón, «Tres poetas contemporáneos». Ediciones «San Borondón», de El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria, 1973.

revolucionaria de no estar de acuerdo con el cómodo cruce de brazos. Pero hizo siempre falta que esa semilla germi- nara convenientemente en los más jóvenes, en los que iban surgiendo a la luz de la Farola del Mar. Hubo, en cuanto a la presencia de los jóvenes en ese ámbito de la crítica literaria, un vacío muy profundo. Un vacío que cruzó por encima de varias décadas. Salvo esporádicas apariciones de diversos gritos destemplados, que fueron acallados con la misma rapidez con que aparecían, ni en los años cuarenta ni en los cincuenta ni en los sesenta pudimos recoger fruto alguno digno de mención. Eramos una tierra cálida por fuera y fría por dentro. En la cabeza de las islas no había sino «shorts», alemanas ligeras de ropa, gordas y sin divisas, porque los «tour operators» nos quitaron incluso el escaso pan que los emporios turísticos nos dejaban comer.

En este ámbito frivolidado, inconsistente, en el que el whisky resultaba más barato que el libro, y en el que cualquier droga resultaba más asquible que esa otra droga que se llama educación, el renacimiento cultural de la región devenía una utopía sólo acariciada por los que arrastraban el idealismo desde épocas cercanas a la derrota de Nelson frente a las costas atlánticas de Tenerife.

Parece que ahora la cosa va cambiando de signo. Es curioso: y cambia de signo cuando precisamente la situación socioeconómica del archipiélago es más dolorosa, cuando se ha convertido la región en una de las más desequilibradas del país. Sin embargo, la cultura resulta que renace. La preocupación por las vanguardias, la lucha por no quedarse al margen de lo que se hace en el mundo, todo lo

relativo a nuestro aislamiento secular se reconsidera y los esfuerzos por recuperar la respiración cultural ya se dejan sentir con una mayor potencia. Tradicionalmente, a estas islas se les ha atribuido el carácter de puente: puente entre América y Europa, puente entre España y África. Los discursos de los políticos visitantes tenían en ese carácter pontonero un lucido tema para sus exordios y para sus evocaciones. Y lo cierto es que no se han equivocado de una manera total. El carácter de puente existe, pero no existe por la situación geográfica, porque estamos al lado de África, en medio de Europa y América. Existe porque el canario ha sido un elemento aislado y ha querido comunicarse, recuperar la visión del mundo desde sí mismo y por sí mismo. Ha sido, entonces, un hombre de voluntad universal porque ha querido huir del aislamiento en el que le han sumido los factores geográficos y otros factores de diversa estirpe.

Este libro de Jorge Rodríguez Padrón, del que no nos hemos ocupado todavía porque el carro del manifiesto regional ha sido demasiado violento, es un ejemplo escrito de esa preocupación anti-aislante del canario. El profesor Rodríguez Padrón analiza a tres poetas de distinta procedencia, aunque bien es verdad que los tres son de raíz latina. Aparte de los materiales técnicos que Rodríguez Padrón usa, están, para llevar adelante el análisis, esas otras pinzas de la sensibilidad de un escritor canario que está acostumbrado a recibir, tamizados, estímulos culturales a los que ha de enfrentarse con aquel candor de la virginidad intelectual. Ese candor de Jorge Rodríguez Padrón es el que convierte la tesis general del libro en una tesis apa-

sionada, de modo que, como para él, para el lector «Tres poetas contemporáneos» resulta «una singular aventura literaria».

En el ámbito del libro mismo, digamos que Rodríguez Padrón se acerca a Paul Valéry a través de su obra más clásica, «El cementerio marino», en el que se halla el «ejemplo indiscutible del escritor que sabe mirar al mundo y sabe hacerlo aparecer ante el lector con la vitalidad y el impulso que —aunque sote- rraño— le imprime el hecho de que quien lo mire sea el mismo hombre que lo habita (...); el hecho de encontrar la exacta relación entre un determinado «espíritu» y el lenguaje».

La obra de Pavese es analizada por Jorge Rodríguez Padrón desde una perspectiva más poderosamente humana, porque efectivamente Pavese no permite el deslinde de las estructuras poeta y poema. La obra y la vida de Pavese son una única cosa, e incluso su suicidio en el número 49 del «Albergo Roma», de Turín, supone una ineludible consecuencia de su obra. Como el suicidio de Henry de Montherlant, el de Pavese era incluso previsible y coherente con su vida y con sus libros.

Al final de este libro hay una llave para la imaginación, para la revolución. Octavio Paz es el tercer tema y es la incitación a la rebeldía: Paz revela la inutilidad del lenguaje y esa propuesta desverbalizadora es la que, al final del libro, hace útil el monumento a la paradoja: el lenguaje «no es más que un eco burdo de un mundo y de unos ambientes en lenta y progresiva descomposición, a causa de una insistente e inútil repetición». En ese marco, el cuadro del suicidio de Cesare Pavese y la evocación tensa del cementerio de Valéry se realizan y tie-

nen todo su sentido de útil paradoja. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

El olvidado Betancourt

«¡Qué hermosa Andalucía», cuenta Baroja que exclamaba Agustín de Betancourt al recorrer los campos del Cáucaso. Baroja habla de este singular y no muy conocido personaje canario en la biografía dedicada a Juan van Halen, con quien Betancourt coincidió en la Rusia del zar Alejandro I. En Rusia llegaría a teniente general y sería nombrado ministro, realizando una obra gigantesca: estableció una escuela de ingenieros, mejoró los canales (tan importantes para el tráfico comercial en el imperio), fabricó una draga movida a vapor para la limpieza del puerto de Kronstadt, edificó una fábrica de papel moneda, impulsó la construcción de carreteras, etcétera. Su biógrafo, Aleksei Bogoliúbov, catedrático en Kiev, escribe a propósito de esta actividad: «Lo que él hizo en Rusia bastaría para llenar de sentido varias vidas». También antes había trabajado en España, donde estudió como becario y llegó a académico de Bellas Artes. Aquí contó con la protección de los ministros ilustrados de fines del siglo XVIII, y colaboró en la creación del cuerpo de ingenieros de caminos. Más tarde chocaría con el favorito Godoy y marchó a Francia. Allí, en 1808, presentó al claustro de la Escuela Politécnica un «Essai sur la composition des machines», obra alabada por el geómetra Monge, y que fue pionera en este tipo de estudios. Agustín de Betancourt (o Bethencourt) había nacido en Tenerife el año 1758. Murió en San Petersburgo en 1826, después de haber caído en desgracia ante el zar Ale-

jandro, su antiguo protector.

La biografía de Bogoliúbov (editada en España por «Seminarios y Ediciones» y traducida por José Fernández Sánchez) aparece con un prólogo de Julio Caro Baroja y un epílogo de José Antonio García-Diego. Caro ve a Betancourt como a «un europeo de su época, pegado a las oficinas públicas, a las grandes instituciones estatales... un «español fuera de su medio», «más fecundo como científico que dentro». García-Diego, que promovió la edición española de la no muy suelta biografía de Bogoliúbov (aporta ciertamente muchos datos, pero después de leída deja la sensación de que el personaje humano se le ha escapado por completo), señala una paradoja central en la vida del ingeniero canario: «científico y técnico de valía reconocida por los grandes de su época, este alto funcionario español y ruso fue, fundamentalmente, un escéptico sin ambición». Y más adelante añade: «Fue mitad cómplice, mitad víctima, como todo el mundo. Pero contribuyó como científico, como técnico y como educador, a una dinámica de progreso y libertad». ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Los Médicis y el Fémica

Roland Barthes, Alain Robbe-Grillet, Claude Mauriac, entre otros miembros del Jurado del Médicis fueron este año fieles al espíritu del premio creado por ellos en 1958: «Paysage de fantaisie», la obra galardonada es de un autor joven (Tony Duvert, veintiocho años) minoritario, insólito, insolente y prohibido. Su novela —por decisión administrativa— no podrá ser exhibida en las vitrinas de las librerías con la clásica faja anun-

ciadora del premio, ni tampoco podrá ser vendida a los menores de dieciocho años, según la ley de las autoridades culturales.

Tony Duvert —¡para quien Jean Genet es un puritano!— no hace concesión alguna ni al público ni a ninguna clase de moral; reivindica la pornografía y la obscenidad e ignora todas las reglas de lógica discursiva, de puntuación, de gramática y de sintaxis.

Ningún prurito publicitario hay en su actitud. Tony Duvert vive recluido en una buhardilla del Barrio Latino, rehuyendo entrevistas y declaraciones, en particular después de la obtención del premio. Sus cuatro novelas anteriores y esta última son fruto de su soledad, de su rabia de escribir y de sus fantasmas (homo)-sexuales.

Semejante situación conoce el laureado del Médicis extranjero —premio añadido hace tres años al nacional francés—: Milan Kundera, autor checoslovaco, es también un exiliado interior, aunque no por las mismas razones. Nacido en Brno en 1929, Milan Kundera se inscribió en el PC checo en 1947. Se le excluyó en 1950, cuando las purgas estalinianas, siendo rehabilitado en 1965. Fue excluido de nuevo, y hasta hoy, en 1970.

Hijo de un gran pianista, fue obrero, músico y cineasta. Por su clase de Instituto de Altos Estudios Cinematográficos pasó toda la nueva ola del cine checo, y en ella, Milos Forman. Al fin se dedicó enteramente a la literatura. Actualmente vive, solitario, en el campo. Sus obras fueron retiradas de las bibliotecas y escribe únicamente «para el cajón».

«La vie est ailleurs», la novela premiada por el Médicis, es aún inédita en Checoslovaquia. Relata la irresistible ascensión de un poeta a quien su madre, auto-